



Francisco Martínez de la Rosa

La boda y el duelo

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Francisco Martínez de la Rosa

La boda y el duelo

Comedia

Advertencia

Compuse esta comedia, algunos años ha, por mero desahogo en una temporada de baños, y sin ánimo de que se representase, por hallarme a la sazón ausente de mi patria; aun después de volver a ella, no varié de propósito, ya porque las alteraciones, y controversias políticas alejaron mi atención del teatro, y ya también por el gusto que predominaba en él, recientemente importado de naciones extrañas.

Era, por tanto, de recelar que tal vez no encontrase favorable acogida una composición muy sencilla, falta de pompa y de boato, reducida a una acción meramente doméstica, encerrada entre cuatro paredes, y que nace y fenece en el término de pocas horas; circunstancias todas que si hubieran sido títulos de excesiva recomendación en otra época, se hubieran quizá convertido no hace mucho en otros tantos motivos de reprobación y desaire. Achaque común en los hombres: ser extremados en sus opiniones, y más si el atractivo de la novedad las ha puesto en moda.

Afortunadamente ha empezado ya a pasar la que amenazaba inficionar nuestro teatro no sólo en la parte literaria, sino en otra de más importancia y trascendencia: fenómeno digno de notar, como otra prueba más de la sensatez española; pudiendo tal vez afirmarse que en esta tierra, aun antes que en otras, la razón acaba siempre por tener razón.

En tanto que permanecía esta comedia sepultada entre mis borradores, se estableció en el Liceo de esta capital la Sección dramática, dedicada al laudable propósito de resucitar las glorias del antiguo Teatro español y de fomentar el moderno, ya que no faltan en la actualidad aventajados ingenios capaces de acrecentar el renombre y lustre de su patria.

El deseo que siempre me ha animado de contribuir, en cuanto de mí ha dependido, al cultivo y fomento de nuestra literatura, me sugirió el pensamiento de ofrecer alguna composición mía para que se representase por primera vez en el Liceo; y aun cuando vacilé por el pronto, al fin me decidí, al ver el cumplido éxito que acababa de tener en aquel teatro la comedia titulada *El café*, a pesar de haber cambiado tan notablemente los tiempos y las ideas desde que se estrenó en las tablas.

Concebí, pues, esperanzas de que pudiese agradar una comedia de la escuela de Moratín, si así puede llamarse, aun cuando no reúna las singulares dotes que recomiendan las de aquel célebre maestro; esperanzas que no han salido fallidas en la representación de este drama; si bien es harto probable que una parte del aplauso se deba a la urbanidad y

cortesanía de tan escogido auditorio, y otra aún mayor a la suma naturalidad y exquisito gusto con que ha sido ejecutada por los socios, del Liceo, que se han esmerado a porfía en el desempeño de sus respectivos papeles.

Ahora que esta composición se presenta al público sin ningún arrimo ni apoyo, es cuando aquel juez imparcial habrá de calificarla por lo que en sí valga; y como fuera inútil alegar razones en su abono si es que no agrada, estando todas de más, si es que gusta, me limitaré a decir que no me he determinado a imprimirla hasta tener en su favor un fallo, y dado por un tribunal que reputo muy competente.

PERSONAS

LA MARQUESA DEL ROBLE.

DOÑA LUISA, su hija.

LA CONDESA, viuda.

EL BRIGADIER DON JUAN.

EL TENIENTE DON JOAQUÍN, su sobrino.

DON CARLOS, hermano de la condesa.

DOÑA JUANA, antigua dueña, aya de doña Luisa.

DOÑA TERESA.

CRIADOS

MÚSICOS.

UN DEMANDADERO.

La escena es en Burgos, en casa de la marquesa.

Acto primero

El teatro representa una sala con muebles ricos, pero viejos; una puerta en el foro, que conduce a la calle; otras a los lados, que dan paso a las demás salas y aposentos; y una, con cristales y cortinillas, que se supone de una alcoba o gabinete.

ESCENA I

DOÑA LUISA, DOÑA JUANA, ambas cosiendo un vestido de gala y otros adornos de boda.

JUANA. Vamos, ánimo, hija mía.

¿A qué viene esa tristeza?

Si te ve así la señora,

¡no tendremos mala fiesta!

LUISA. ¿Pues qué he de hacer?

JUANA.

¿Qué has de hacer?

Estar alegre y risueña,

«Ya los hombres no se prendan
del talle y los negros ojos,
de la virtud y nobleza,
sino que ajustan las bodas
como chalanes en feria...»

No hay muchos como don Juan:
ni una palabra siquiera
ha hablado de dote... Sabe
el atraso en que se encuentra
la casa ¡y como es tan rico!
Ya se ve, lo que él desea
es pasar como Dios manda
lo que de vida le queda,
cansado ya y aburrido
de rodar por esas tierras.
Halla una mujer bonita,
que le cuide en sus dolencias,
recogida y bien criada,
no casquivana y resuelta,
como se ven hoy en día...
Sin ir muy lejos, pudiera
citar un ejemplo al canto...

LUISA. ¿Quién dice usted?

JUANA.

La condesa,

tu vecinita y amiga...
Yo no he visto una veleta
mayor que la tal viuda:
ya se enoja, ya se alegra,
ya llora, ya canta y ríe;
y según las malas lenguas,
antes de cumplirse el año
ya diz que le galantea
el sobrino de don Juan,
que es una linda pareja;
tal para cual... ¡Virgen Santa!
¡Si levantara cabeza
el que pudre! Hizo muy bien
en morirse tan apriesa;
y aunque esté en el Purgatorio,
mejor está que estuviera.

LUISA. Calle usted, que suena gente...

JUANA. ¿Quién será? No sino ella.

ESCENA II

DOÑA LUISA, DOÑA JUANA, LA CONDESA. Esta en traje de calle y de luto.

CONDESA. ¿Cómo estás, Luisita mía?

Tan aplicada y tan bella

como siempre.

LUISA. Es favor tuyo.

¿Y tú?

CONDESA. (Sentándose a su lado.)

¡Yo...! No ando muy buena;

y además traigo un humor...

Desde que puse en la puerta

el pie, todo ha sido azares:

un entierro, una pendencia,

un abogado hablador,

los muchachos de la escuela

y mi bendita cuñada

para coronar la fiesta.

LUISA. Yo ha un siglo que no la veo...

CONDESA. ¡Ojalá que yo pudiera

decir otro tanto, amén!

Pero a mí, por penitencia,

tres visitas de a tres horas

por semana me receta;

y hoy cabalmente la tengo

que sufrir, quiera o no quiera,

toda la noche a mi lado.

LUISA. ¿Pues no sales?

CONDESA. ¡Buena es ésa!

Si hoy es el cabo de año,

y ya está la parentela

quitando el polvo a los lutos

y estudiando las arengas.

LUISA. No me acordaba que es hoy...

CONDESA. Ni yo...

JUANA. (Aparte.)

¡Miren qué cabeza!

CONDESA. Mas mi bendita cuñada

rabia por dar malas nuevas.

JUANA. (Aparte.)

Por no oír a este molino,

recogeré la tarea...

(Levantándose y tomando el tabanque de la costura.)

LUISA. ¿Dónde va usted?

JUANA. A mi cuarto. (Aparte al irse.)

¡Dios ponga tiento en su lengua!

ESCENA III

DOÑA LUISA, LA CONDESA.

CONDESA. ¡Sobre que tiemblo al pensar

lo que esta noche me espera!

Póngase usted al testero

del salón, casi en tinieblas;
cubierta como una chía
de lana y de gasa negra;
entrabas manos cruzadas,
la cara de Magdalena,
los ojos como tomates
(gracias a que se refriegan
con disimulo) y la voz
cual si de un pozo saliera...
Y aguante usted en el potro
que vengan luego en hilera
deudos, parientes, amigos
a apurarle la paciencia.
Ya uno da el pésame y dice:
«Señora, Dios dé a usted fuerzas...»
(Para ti las necesito.)
Otro pausado se acerca
y exclama: «¡Conformidad!
Son cosas que Dios ordena;
los buenos no viven mucho.»
(Por eso tú los entierras.)
Esotro dice: «El difunto
era un ángel en la tierra...»
(Se conoce, gran bribón,
que no le tuviste cerca.)
Y así siguen uno a uno
poniendo el ingenio en prensa,
para repetir lo mismo
que dijeron a mi abuela.
Reina luego un gran silencio,
hasta que al cabo resuena
ruido de platos y vasos
y todo el mundo se alegra.
Entran formados en torre
azucarillos de a tercia,
por no desdecir del duelo,
enlutados con canela;
chocolate en jicarones
de El Escorial, de onza y media,
y los panes y bizcochos
coronando las bandejas...
Sacan todos el pañuelo,
no para llorar de pena,
sino para que les sirva
en lugar de servilleta;
y engullendo a dos carrillos,
se ahorran en casa la cena,

menos la pobre viuda,
que, como ve que la observan,
apenas gusta un bocado,
cuando suspira y lo deja.

LUISA. Siempre estás de buen humor.

CONDESA. Pues qué, ¿quieres que me muera?

Harto he sufrido en el mundo,
esclava como una negra;
y ya que libre me veo,
quiero respirar siquiera.
Tú lo sabes: aún muy niña
perdí a mis padres, y apenas
me vieron huérfana y rica,
decretó mi parentela
encerrarme en un convento,
tal vez con la santa idea
de que yo ganase el cielo
y gozar ellos mi hacienda.
Crecí en años y me hallé
entre cancelas y rejas,
viendo el sol por celosía
y vestida de estameña;
mas cuando ya me juzgaba
por toda la vida presa,
con muy poca vocación
de ser monja recoleta,
pasó por Burgos el conde
y le dio la ventolera
de visitar el convento
por conocer su parienta;
me vio, le hube de gustar;
y con su cara muy seria,
su casacón de faldones
y el peluquín con coleta,
me ofreció su blanca mano,
que yo tomara aunque negra.
Me hallé, pues, de veinte años
con marido de sesenta,
y además los enemigos
del alma: cuñada y suegra.
Lo que luego padecí
tú lo has visto; y si no fuera
por mi genio en cuatro días
me hubieran muerto mis penas;
porque el bendito del conde
ya contaba a aquella fecha
dos mártires en el cielo

Pero ¿qué dice tu madre,
qué dice?

LUISA. La infeliz piensa
que así voy a ser dichosa...

CONDESA. ¡Bravo! ¿Y por qué no recuerda
lo que pensaba a tu edad?...

¿Cómo imagina que puedas
ser feliz unida a un hombre
que es imposible que tenga
costumbres, hábitos, gustos
que con los tuyos convengan?...

De inclinación no se hable.

¿A qué es eso? Que se quieran
o no marido y mujer,
han de estar juntos por fuerza.

Y luego tu linda madre,
en corro con otras viejas,
hablan de la corrupción
que en los matrimonios reina,
sin mirar que muchas veces
la culpa tuvieron ellas.

Perdona, Luisita mía,
pero en tocando esta tecla
no puedo hablar con frescura...

Y ahora menos, porque media
tu dicha en ello, y también
porque trabajo me cuesta
renunciar a una esperanza...

¿A qué bajas la cabeza?

¿Es acaso algún delito
el que cariño le tengas
a mi hermano, cuando sabes
el amor que te profesa?...

¡Cuántas veces os vi juntos
y noté con complacencia
que sin saberlo vosotros
ya os amabais! Donde quiera
os buscabais con los ojos:
una palabra, una seña,
una sonrisa bastaba
a vuestra dicha completa...

¿Lo has olvidado?

LUISA. ¡Olvidarlo!

¿Puedes hacerme esa ofensa?

No, Leonor, dentro del alma
tengo ahora más impresa
esa memoria que nunca;

y aunque arrancarla quisiera,
sólo con mi corazón...

Pero al fin ya estoy resuelta
a obedecer a mi madre,
a sacrificar por ella
mi libertad y mi vida,
sin que ni ella misma sepa
el valor del sacrificio
que su cariño me cuesta...

CONDESA. ¿Lloras?

LUISA. ¿Quieren más de mí?

Mas que me dejen siquiera
estar triste y no me hostiguen
a que me muestre contenta...

CONDESA. Sosiégate un poco..., mira
que si alguien te escucha...

LUISA. Deja

que respire un solo instante;
tú no sabes la violencia
que me cuesta el reprimirme...

¡Si tú, Leonor, lo supieras
aún más compasión tendrías
de esta infeliz!

CONDESA. Pero es fuerza
disimular algún tanto...

LUISA. Ya lo sé; y hasta esa idea
de fingimiento y doblez
a mis ojos me avergüenza...

Mañana quizá, mañana
tendrá que jurar mi lengua
amor a un hombre a quien miro
con total indiferencia;
y un día, y un año, y otro
en esta lucha perpetua,
sólo en la muerte veré
el término de mis penas...

CONDESA. Luisa mía, que te pierdes...

LUISA. Sólo esta ocasión me queda
de abrirte mi corazón;
déjame que al menos tenga
este consuelo...; mañana
no soy mía, y a ti misma
te he de mentir y engañarte...

Sólo Dios en su clemencia
tendrá compasión de mí;
El sólo me dará fuerzas
y no me abandonará

en los riesgos que me esperan...
CONDESA. (Enjugándose los ojos.)

Mira, Luisa, lo que has hecho;
si alguien de pronto ahora entra
nos halla a las dos llorando
y asiste a un duelo de veras.
Vamos, juicio...

LUISA. (Reprimiéndose.)

Sí, Leonor,

¿no lo ves?... Ya estoy serena;
ya nada se me conoce...

CONDESA. Como traigan una venda
en los ojos, de seguro.

¡Pues si estás como una muerta,
tan pálida y ojerosa!...

LUISA. Sólo pedirte quisiera
un favor. ¿Lo harás por mí?

CONDESA. ¿Lo dudas?... Cuanto tú quieras.

LUISA. Tú quizá vas a burlarte
cuando sepas mi flaqueza;
pero va en ello mi dicha...

CONDESA. ¿De cuándo acá manifiestas
esa timidez conmigo?...

Di qué quieres y no pierdas
esta ocasión.

LUISA. Es que ya
casi me cuesta vergüenza
nombrar a un hombre a quien debo
olvidar...

CONDESA. ¿Y qué deseas
que haga yo por ti?

LUISA. Querría

que algún pretexto fingieras
para que estas vacaciones
tu hermano a Burgos no venga;
puede estarse en Salamanca;
y aun tú sabes que desea
ir a la corte, y allí
más divertido estuviera... (Con viveza.)

Pero no; mejor será... (Reportándose.)

Dispón, Leonor, lo que quieras;
sólo te pido por Dios
que mis ojos no le vean.

CONDESA. Bien está, lo haré por ti;
aunque es dura penitencia
que después que va a perderte...

LUISA. ¿Qué remedio?... ¡Más me cuesta

el sacrificio que a él!...
¡Quién sabe! Quizá le espera
ser más dichoso con otra;
mientras yo... ¿Conque me empeñas
tu palabra?...

CONDESA. Sí, lo haré;
mas temo que en cuanto sepa...

LUISA. Ya lo sabe.

CONDESA. ¿Que te casas?

LUISA. Nada ignora a la hora ésta...

CONDESA. ¿Quién se lo ha escrito?... Ya leo
en tu cara la respuesta.

Mas ¿por qué has querido darle
tan pronto esa mala nueva?...

LUISA. Porque debí hacerlo así;

y a mis propios ojos fuera
la más vil si un solo instante
engañado le tuviera
al ir a dar a otro hombre
de ser suya la promesa.

Es preciso que me olvide;
que no se acuerde siquiera
de que un tiempo le adoré...

CONDESA. ¿Volvemos a la tarea?

¡Pues la ocasión es pintada!

Y aún me parece que suenan
pasos...

LUISA. ¿Si será mi madre?...

CONDESA. Cálmate, Luisa, que llegan.

ESCENA IV

Dichas. LA MARQUESA.

MARQUESA. (A su hija.)

¡Pudiera estarte esperando!...

¡Hola, aquí la condesita!

¿Tanta dicha y de mañana?

CONDESA. Salí a una cosa precisa,

y estando a la puerta quise
dar a usted los buenos días.

MARQUESA. Muy bien hecho. Yo estoy hoy
tan cansada y aburrida... (Siéntase.)

Todo carga sobre mí...

Los vestidos para Luisa,
los documentos, las joyas,
los convites, las visitas...

Más de hora y media he tardado
por ver si arreglar podía

las papeletas de boda
para hacer que las impriman;
y mientras más enmendaba,
más embrolladas salían... (Leyendo de prisa un papel.)

«Doña Gertrudis Cabeza
de Vaca Porras Chinchilla,
etcétera..., da a usted parte
del enlace de su hija,
doña Luisa Pimentel
Quirós Castro y Bobadilla,
hija del marqués del Roble,
señor de Peña Partida,
maestrante que fue de Ronda
y regidor de la villa
de Arévalo...» Nada, nada;
mejor será, que la siga
el ahogado de casa,
que sabe esa retahíla.
Lo que hago yo como nadie,
aunque esté mal que lo diga,
es arreglar un ajuar:
ni un alfiler se me olvida.
En menos de un santiamén
le he puesto al novio una lista
que da gozo... Ya se ve,
como él no entiende ni pizca
de esas cosas, me ha rogado
que le aconseje y dirija... (Contando por los dedos.)

Seis mesas, cuatro sofaes,
ocho docenas de sillas,
manteles adamascados,
espejos, cuadros, cortinas,
guarniciones y libreas,
batería de cocina,
cristal y plata labrada...
¡Válgame Dios, y qué envidia
van a tener más de cuatro
que de reojo me miran!
El mundo, amiga, da vueltas;
y al sol y a la buena dicha
se deben meter en casa...
Pero ¿qué tienes, Luisita,
que me parece...?

LUISA. Yo, nada...

MARQUESA. Tienes cargada la vista,
como si hubieses llorado.

LUISA. Estaré un poco encendida

de coser...

CONDESA. A mí me dijo
no ha mucho, que le dolía
la cabeza...

MARQUESA. Yo no sé;
pero he notado estos días...
Parece que lo hace adrede,
porque sabe que me irrita
verla tan triste y callada...

LUISA. ¿Y qué quiere usted que diga?

MARQUESA. ¡Sobre que ya en estos tiempos
no hay quien entienda a las niñas!
Si se les manda que callen,
charlan que se despepitan;
y cuando deben hablar,
aunque las maten, no chistan...
Las unas, por no hallar novio,
se consumen de ictericia;
y otras van a desposarse
como al cementerio irían...
Mujer hay que diera un dedo
por trocarse con mi hija
y tener dentro de poco
marido, coche y usía...
Pero ella..., mírela usted,
que parece una novicia,
con los ojos en el suelo
y la boca refruncida...

CONDESA. No hay que enfadarse, marquesa;
mientras usted más le diga
es peor... ¿No es natural
que se halle la pobre niña
algo inquieta y cavilosa
al irse a unir de por vida
con un hombre a quien apenas
conoce hace cuatro días?

MARQUESA. Pero ¿puede ella pensar
que su madre se descuida?...
Ya estoy yo bien informada
de su casa y su familia,
de su caudal y sus rentas.
Que hasta una reina podría...

CONDESA. Si no es eso...

MARQUESA. Emparentado
con lo mejor de Castilla...

CONDESA. Sí no es eso...

MARQUESA. Brigadier

y el decano de la Guía...

CONDESA. Tanto peor.

MARQUESA. Pues de haciendas,
de casas y joyas ricas
no hay que hablar... ¡Como que ha sido
gobernador en las Indias!...

CONDESA. ¿Me deja usted...?

MARQUESA. Si usted viera
las sartas de perlas finas,
los topacios del Brasil,
las pulseras y sortijas...
Por traer de todo, hasta trajo
un loro y una negrita.

CONDESA. Pero, marquesa, aunque tenga
más negros que hay en Mandinga...

¿Quiere usted que le haga sólo
una pregunta sencilla?

MARQUESA. ¿Y por qué no la hace usted?

CONDESA. Porque no encuentro cabida
para meter yo mi triunfo...

MARQUESA. Hable usted... ¡Hay tal porfía!

CONDESA. (Después de una corta pausa.)

¿Es usted la que se casa?

MARQUESA. (Suspensa.)

¿Y a qué viene...?

CONDESA. Pero diga
usted sí o no y nada más.

MARQUESA. ¡Pues bueno el mundo andaría
si una madre!...

CONDESA. Pero, al cabo,
¿se casa usted o su hija?...

MARQUESA. ¿Y qué sabe ella de mundo
si ayer salió de la amiga?

CONDESA. Bien está; pero ¿no es ella
la que ha de vivir unida
con su esposo hasta la muerte?

¿La que ha de verle de día,
por la noche, a todas horas,
en la desgracia, en la dicha,
con buen humor y con malo?...

MARQUESA. Según eso, usted querría
que las hijas por sí solas...

CONDESA. No tal; sé que necesitan
del consejo de las madres,
que les preste luz y guía.
Pero ¿quién ha de aprobar
que las madres se revistan

de autoridad y dispongan
a su antojo de sus hijas?
¿Y si les pesa después?
¿Y si se ven reducidas
a sufrir al lado a un hombre
que ni amistad les inspira?...
Con mucho amor hay trabajos...
La verdad, marquesa mía,
la carga del matrimonio
es de suyo harto cumplida.

¿Qué será si desde luego
la llevamos cuesta arriba?
MARQUESA. Pero ¿piensa usted acaso
que yo violento a mi hija?

CONDESA. Yo no.

MARQUESA. Que lo diga ella.

LUISA. ¿Y qué quiere usted que diga?

MARQUESA. Lo que sientas.

LUISA. ¿Pues no he dicho
que estoy pronta y decidida
a hacer cuanto usted me mande?

MARQUESA. ¿Lo ve usted?... Ven acá, Luisa,
da un abrazo a tu mamá...
Si sabes que en esta vida
yo no tengo más anhelo
ni más afán que tu dicha...

LUISA. En todo daré a usted gusto...
¿Quiere usted más?...

MARQUESA. No, hija mía;
dame un beso y se acabó...
Pero vuélvete a tu silla,
que oigo gente en la antesala
y será tal vez visita.

ESCENA V

MARQUESA, CONDESA, DOÑA LUISA, DON JUAN.

JUAN. Felices días, señoras.

MARQUESA. Téngalos usted muy buenos,
señor don Juan. Me parece
que no viene usted contento...

JUAN. Lo estaba al salir de casa;
pero tan molido vengo
de escribanos y notarios,
de papeles y embelecocos,
que me parece mentira
que libre de ellos me veo.
¡Jesús! ¡Jesús! Ya no extraño

que muchos mueran solteros
por no caer en las garras
de tanto avechucho hambriento.

MARQUESA. Hoy está usted muy jovial...

JUAN. (Sentándose.)

Sí, señora, como perro
con maza... Al llegar aquí
aún creía estar oyendo
los gritos descomunales:
«¡Veinte firmas!... ¡Mis derechos!...
¡Los gajes del escribiente!...
¡La copia del instrumento!...»
¿No hay un ladrillo que tape
esas bocas del infierno?

CONDESA. Poca paciencia tenéis;
y es preciso ir aprendiendo
a tenerla.

JUAN. Ya lo sé;
mas si antes de ser profeso
se pasa este noviciado,
seguro se gana el cielo.

CONDESA. No es tu novio muy galán,
Luisita.

LUISA. Yo le agradezco
por lo menos la franqueza.

JUAN. Como castellano vicio,
yo digo las cosas claras,
sin melindres ni rodeos.
Así puede usted creer
cuando digo que la quiero,
y que nada omitiré
para ir ganando su afecto
poco a poco...

MARQUESA. ¡Poco a poco!
Señor, si ya está eso, hecho...

JUAN. Yo no tengo veinte años,
y a fe mía, hartó lo siento;
pero, a Dios gracias, no soy
tullido, cojo ni tuerto...

MARQUESA. ¡Qué tuerto! Si tiene usted
dos ojos como luceros...

JUAN. En cuanto a genialidad,
no estoy libre de defectos
como cada cual; soy vivo,
parece que se hunde el cielo
de una tronada, y después
pasa el nublado al momento...

MARQUESA. ¡No era así mi buen esposo,
que Dios haya! Un mes entero
se pasaba sin entrar
en mi alcoba...

CONDESA. ¡Qué mal genio!

JUAN. De bienes, sin ser muy rico...

LUISA. ¿Quiere usted no hablarme de eso,
señor don Juan?

JUAN. Bien está;
mas no tuve pensamiento...

MARQUESA. ¿Y qué quiere usted, señor,
si es lo mismo que su abuelo?

¡En tocándose a intereses!...

El honor es lo primero,
hija mía, y aunque pobres...

JUAN. Pero ¿a qué viene ahora eso,
marquesa?

MARQUESA. Es que yo creí...

JUAN. Si nadie habla aquí de abuelos,
de honor, de pobres ni ricos...

Sólo le estaba diciendo
a Luisita...

MARQUESA. Y sí ella está
enterada...

JUAN. Siempre es bueno

que oiga de mi propia boca
cuanto hace al caso; no quiero
que luego pueda llamarse
engañada, y mucho menos
que se sienta arrepentida.

LUISA. (Con abatimiento.)

No, señor...

JUAN. Yo así lo espero,

y sólo esa confianza
pudiera haberme resuelto
a este enlace... Mas con todo,
si usted siente en sus adentros
la más leve repugnancia
dígalo usted, que aún es tiempo;
yo nada quiero por fuerza,
nada, Luisita... Deseo
ser feliz los pocos años
que me quedan; mas si advierto
que ha de ser a costa ajena,
a mi asistente me vuelvo.

MARQUESA. ¿Ha acabado usted, don Juan?

JUAN. ¿Por qué?

MARQUESA. ¿Pues no está usted viendo
que a ese angelito de Dios
le está usted dando tormento?

JUAN. ¿Y yo acaso he dicho nada
que pueda ofenderla?... Lejos
de ser ésa mi intención...

MARQUESA. Es que ella tiene talento,
y por más que las disfracen,
coge las cosas al vuelo...

LUISA. ¡Madre!

MARQUESA. No hay que hacerme señas...

LUISA. Señor don Juan, yo no tengo
de usted ni la menor queja;
al contrario, le agradezco
tanta bondad...

MARQUESA. ¿Lo ve usted?
Si es lo mismo que un cordero...

LUISA. ¡Por Dios, madre!...

MARQUESA. Tan humilde...

JUAN. Ya lo sé.

MARQUESA. Ni más ni menos
que su tía, que esté en gloria,
doña Polonia Barrientos...

JUAN. ¿Quiere usted, marquesa mía,
que este rato aprovechemos
para acabar de arreglar...

MARQUESA. No corre prisa.

JUAN. Es que luego
tengo que hacer; y si empiezan
visitas y cumplimientos...

MARQUESA. No vendrán... (Suena la campanilla.) Pero ¿quién llama?

JUAN. ¿No lo dije?... Dicho y hecho.

MARQUESA. Decid que no estoy en casa...

Venga usted a mi aposento,
y allí con satisfacción... (DON JUAN le ofrece la mano.)
Siempre galán.

JUAN. Por supuesto.

¿Hemos de hacer tan temprano
el papel de suegra y yerno?

ESCENA VI

DOÑA LUISA y LA CONDESA.

LUISA. ¡Cuánto he sufrido, Leonor!...

CONDESA. Calla, que si no me engaño
es el dichoso sobrino...

Pero trabajo le mando,
porque ha de pagar hoy juntas

cuantas me debe en un año.

ESCENA VII

Dichas y DON JOAQUÍN.

JOAQUÍN. Esto se llama fortuna:

venir tan sólo buscando
a un tío y hallar reunidos
dos soles...

CONDESA. Y uno nublado.

JOAQUÍN. ¡Siempre, condesa, la misma!...

¿Y cuándo ha de verse claro
ese cielo?

CONDESA. Si ahora empieza
el invierno.

JOAQUÍN. Pues alabo

la noticia; ni en Noruega
se ve un invierno tan largo.

Vamos, paz, condesa mía,
paz... Luisita, haga usted algo
por su futuro sobrino...

CONDESA. ¡Como lo merece tanto!

LUISA. ¿Pues qué ha hecho?

JOAQUÍN. No lo sé.

CONDESA. En su vida ha roto un plato.

JOAQUÍN. De seguro.

CONDESA. Pero yo
le sé la vida y milagros.

JOAQUÍN. Mire usted lo que es ser bueno.

Mientras anduve rodando
por esos mundos, haciendo
travesuras de muchacho,
todo me salía bien;
y desde que he principiado
a tener juicio, me veo
perseguido y calumniado.

CONDESA. Sí, es un dolor.

JOAQUÍN. Ni yo mismo
me conozco.

CONDESA. ¿Tan mudado
está usted?

JOAQUÍN. ¿Pues cabe más?

Días enteros los paso
en casa; si sale el tío,
voy con él como un donado;
a las once se recoge
y le leo el Carlomagno
o el Quinto Curcio en romance;

Vida del gran Alejandro...

(Le aseguro a usted, Luisita,
que le esperan buenos ratos.)

Sí voy a alguna tertulia... (Tose la CONDESA.)

¿Tosió usted?

CONDESA. Me he refriado.

JOAQUÍN. Creí...

CONDESA. Siga usted el sermón,
que van a canonizarlo.

JOAQUÍN. Si voy a tertulia, juego

una malilla de a ochavo
por no dormirme; chanceo
con algún amigo..., bailo
rara vez...

CONDESA. Y con la misma,
por diferenciar.

JOAQUÍN. ¿Pues cuándo

he bailado yo con ella?

CONDESA. Se me olvidó el apuntarlo

en mi libro de memorias;
pero usted lo habrá anotado
en su almanak...

JOAQUÍN. Maliciosa...

CONDESA. Estará con cruz y mano.

JOAQUÍN. ¡Paz, condesa!

LUISA. Hazla por mí
siquiera...

CONDESA. ¿Y qué adelantamos
con hacer las paces hoy,
si mañana...?

JOAQUÍN. Ni pensarlo;

haré cuanto usted quisiere.

CONDESA. ¿Está usted apalabrado

para muchas contradanzas
esta noche?...

JOAQUÍN. No me hallo
con ánimo de bailar...

CONDESA. Ya, pero en llegando un caso
de honor, ¿quien se niega a él?

Y más estando tan guapo
con el uniforme nuevo,
sirviendo y agasajando
a las damas...

JOAQUÍN. ¡Si no fuera
por mi tío!...

CONDESA. Pues es claro:
lo que haga usted en la fiesta

al tío se lo achacamos.

JOAQUÍN. Mas ¿qué exige usted?

CONDESA. ¿Yo?... Nada;

antes deo a usted más franco

esta noche que ninguna;

retoce usted a su salvo,

mientras estoy yo en el duelo.

JOAQUÍN. Le juro a usted...

CONDESA. Que es pecado

jurar...

JOAQUÍN. Pues le ofrezco a usted...

CONDESA. Como caballero honrado...

JOAQUÍN. Que si bailo con ninguna,

si algún obsequio les hago,

si ni siquiera las miro...

CONDESA. Mucho ofrece usted. ¡Cuidado!

JOAQUÍN. El que está pronto a cumplir...

CONDESA. Se va al prometer despacio.

JOAQUÍN. Usted lo verá...

CONDESA. Yo no;

si estaré entonces llorando.

JOAQUÍN. Pues Luisita...

CONDESA. ¿Y a una novia

le deja usted ese encargo?

JOAQUÍN. Alguien habrá...

CONDESA. Puede ser;

nunca falta en tales casos

un alma caritativa.

JOAQUÍN. No lo temo.

CONDESA. ¿Qué apostamos

a que hay luego algún desliz?

JOAQUÍN. Lo que usted quiera... Y sí gano,

¿qué hará usted por mí?

CONDESA. ¡También

es usted interesado!

JOAQUÍN. Es que va en ello mi dicha;

y no vivo ni descanso

hasta saber que algún día

seré dueño de esa mano... (Va a cogérsela.)

CONDESA. ¿Ha perdido usted el juicio?...

¡Hoy es el cabo de año

y me habla ya de casorio!

JOAQUÍN. Pues déme usted algún plazo...

¿Mañana?...

CONDESA. Mejor es hoy.

¿Para qué plazo tan largo?

JOAQUÍN. Oígame usted...

CONDESA. No hay lugar,
que me está el duelo esperando.
(Vase corriendo.)

ESCENA VIII

DOÑA LUISA, DON JOAQUÍN.

JOAQUÍN. ¿Ha visto usted qué mujer?...

No es posible que tengamos
ni un solo día de paz.

LUISA. Es su genio; mas en cambio,
¡ es tan graciosa y tan linda!

JOAQUÍN. Por eso la quiero tanto...

MARQUESA. (Desde adentro.)

¡Luisa.!...

LUISA. Ya voy...

JOAQUÍN. Esta es otra;

no hemos de poder un rato
hablar sin que estos señores...

MARQUESA. (Más recio.)

¡Luisa!

JOAQUÍN. ¡Aprieta!...

LUISA. Voy volando...

JOAQUÍN. Entre viejos y muchachas,
con duelo y boda entre manos,
si de ésta escapo con juicio,
no será poco milagro.

Acto segundo

ESCENA I

DOÑA JUANA.

Dos criados que están adornando el salón.

JUANA. (Al salir.)

¿Cuándo han de acabar ustedes?...

Si una se duerme en las pajas,
dejarán llegar la noche
sin estar lista la sala.

¿Qué gruñes tú?... Y tú, Domingo,
ve a ponerte la casaca
de librea..., la más nueva,

que está sólo apolillada...
¿No vas?... ¡Quien quiera gallegos,
en las costillas le caigan!

ESCENA II

DOÑA JUANA.

JUANA. (Mirándose a un espejo.)

¡Válgame Dios, cómo estoy!...

Tan sucia y desaliñada
que da grima...; con el polvo
tengo la cabeza blanca
como la nieve, y los ojos
no se me ven en la cara.

Mas así que me componga,
tan fresca y tan rozagante;
mi polonesa listada,
mi guardapié de soplillo,
mi collar y mi bufanda...

ESCENA III

DOÑA JUANA, DON CARLOS.

Entra éste con recato, en traje de camino; se acerca a DOÑA JUANA y la coge del brazo.

JUANA. (Con sobresalto.)

¡Animas benditas!...

CARLOS. ¡Chito!

Que me pierde usted.

JUANA. No es mala

la manera de llegar...

CARLOS. Perdone usted, doña Juana;
si estuvierais como yo...

JUANA. ¡Cierto que estoy para gracias!...

Con el susto que he llevado,
tiemblo como una azogada...

CARLOS. Siquiera escúcheme usted,
y luego en seguida haga
lo que quiera...

JUANA. Lo que quiero

es que me den calaguala
para ver si vuelvo en mí...

CARLOS. Señora, si eso no es nada...

JUANA. Para usted no, de seguro;
por otra burla pesada
malparí no ha treinta años...

CARLOS. Oiga usted una palabra,
por su vida...

JUANA. Bien, ¿qué hay?

CARLOS. Yo me hallaba en Salamanca...

JUANA. Al grano.

CARLOS. Y luego que supe
que esta noche...

JUANA. ¡Y buena falta
hará el señor bachiller
en el duelo de su hermana!

CARLOS. ¿Qué me importa a mí su duelo?

JUANA. Al fin es cuñado, y hasta.

CARLOS. Supe que toman los dichos
a Luisita, que la casan...

JUANA. ¿Y viene usted a la boda?...
¡Pues es linda la humorada!

CARLOS. ¡Qué boda!... Por Dios, siquiera
óigame usted...

JUANA. Si no acaba...

CARLOS. Yo la amo más que a mi vida...

JUANA. Pero ¿a quién?...

CARLOS. (Con vehemencia.)

Ella me ama...,

o lo decía, a lo menos...

Mil veces me dio palabra

de ser mía, lo juró,

y yo en esa confianza

era el hombre más feliz,

cuando recibo su carta...

JUANA. ¿De quién?

CARLOS. De ella misma.

JUANA. ¡Dale!

Si no sé de quién se habla...

CARLOS. ¡Ahora salimos con eso!

JUANA. ¿Pues qué quiere usted que haga
si ensarta a un tiempo mil cosas
sin estar una enterada?

CARLOS. Pues bien: yo adoro a Luisita.

JUANA. ¡Santa Brígida me valga!

CARLOS. La adoro, y privarme de ella
es como arrancarme el alma.

JUANA. ¡Si mi niña lo supiera!

Ella que es tan recatada...

CARLOS. ¡Si nos queremos los dos!...

JUANA. ¡Querer a usted la muchacha!

CARLOS. Ella, ella misma, señora...

JUANA. ¡Sí, que a mí me la pegara!...

CARLOS. (Con impaciencia.)

Pues se la ha pegado a usted:

me hablaba por la ventana;

nos veíamos en misa,
en el paseo, en su casa;
me daba citas por señas;
me escribía a Salamanca;
me ha enviado su cabello;
aquí tiene usted sus cartas,
sus prendas..., que hasta este día
tuve en mi pecho guardadas... (Se las muestra.)

JUANA. (Santiguándose.)

¡Jesús!... ¡Jesús!... Dicen bien;
que ya nacen enseñadas;
y una muñeca de quince
da a una vieja cruz y raya.

¡Mire usted la hipocritilla!...

CARLOS. No perdamos en palabras
estos momentos preciosos...

JUANA. ¿Pues qué quiere usted?

CARLOS. Hablarla.

JUANA. A Luisita...

CARLOS. Un solo instante...

JUANA. Qué, ¿ya quiere enamorarla?...

CARLOS. No es eso...

JUANA. ¡Temprano empiezan
a hacerle a don Juan la barba!

CARLOS. ¡No es eso, por Dios! Quisiera
que usted aquí la llamara...

JUANA. ¡Yo!

CARLOS. Sin que nadie lo sepa...

JUANA. Pues eso no más faltaba.

¡Meterme en la orden tercera
y salir luego emplumada!

CARLOS. Si no se trata de amores
ni de cosa alguna mala;
mi intención es sólo verla,
decirle adiós y dejarla
para siempre...

JUANA. ¡Ah!

CARLOS. Devolverle
cabello, prendas y cartas...

JUANA. Siendo así... ¡Pero cuidado!...

CARLOS. Le empeño a usted mi palabra...

JUANA. Como ésas dan los mozuelos
y luego el diablo las carga.

CARLOS. ¡Vaya usted, yo se lo ruego!

Le juro a usted que si tarda
no sé qué será de mí...

JUANA. (Al irse.)

CARLOS. ¡Dejarte!

LUISA. (Levantándose y mirando azorada.)

Si alguien nos viera...

CARLOS. ¿Y qué importa?... Ya no es tiempo
de disimulo y reserva.

¿No van a saber hoy mismo
que nos amamos? ¡Te alejas
de mí y ocultas el rostro!

¿Qué es esto, Luisa; te pesa
que te recuerde tu amor,
tus palabras, tus promesas?...

Habla, explícate, no tardes,
ni un instante te detengas.

¡Antes que sufrir tal duda,
la muerte misma quisiera!

Mas tu silencio me basta,
no más. (Hace ademán de irse.)

LUISA. Oyeme...

CARLOS. ¿Qué intentas
decirme?

LUISA. Sólo pedirte
por Dios que no me aborrezcas...,
que no maldigas la hora
en que por la vez primera
me viste..., que me perdones,
si no por mí, por la pena
que me está ahogando... ¿No quieres
ni cine ese consuelo tenga? (Va a arrojarse a sus pies.)

CARLOS. (Suspendiéndola.)

¿Qué haces, Luisa?

LUISA. Dime al menos
que me perdonas...

CARLOS. Contesta
antes...

LUISA. ¿Qué quieres de mí?

CARLOS. ¿Y a qué saberlo deseas,
si tu propio corazón
no te lo dice?...

LUISA. Si vieras...

CARLOS. Nada tengo ya que ver;
sólo exijo una respuesta
terminante y ahora mismo,
Dime, Luisa: ¿estás resuelta
a ser mi esposa o a serlo
de otro hombre? Si te queda
rastros al menos de mi amor,
si mi vida te interesa,

si no quieres ver la ruina
de quien no tuvo en la tierra
más bien, más dicha, más gloria
que esperar en tus promesas,
no vaciles un instante;
resuélvete, corre, entra
y ve a arrojarte a los pies
de tu madre; llora, ruega,
confiésale nuestro amor,
dile que depende de ella
nuestra suerte, nuestra vida;
yo mismo... (Ella hace ademán de detenerle.)

No me detengas:

no voy, ya lo sé.

LUISA. ¡Dios mío!

CARLOS. ¡Mas oye, y siempre recuerda
lo que ahora voy a decirte!

¡Son las palabras postreras
que oirás de mí en este mundo!

Yo te pierdo, mas no creas
que otro hombre va a gozarse
en mi desdicha y mi afrenta...

Ve, perjura, ve a ofrecerle
amor y constancia eterna,
invocando al mismo Dios
que invocó tu falsa lengua...

Aquí, en su casa, en la calle,
donde quiera que le vea,
en el templo, en el altar,
antes que tu esposo sea
le arrancaré el corazón
y mil vidas que tuviera.

ESCENA VI

DOÑA LUISA, DON CARLOS, DON JOAQUÍN.

DOÑA LUISA corre a detener a DON CARLOS, y al momento de salir éste se encuentra con DON JOAQUÍN.

LUISA. Aguarda...

JOAQUÍN. ¡Carlos, tú aquí!

CARLOS. Déjame...

JOAQUÍN. Pero ¿qué es esto,
Luisita?

LUISA. ¿Dónde me oculto?...

JOAQUÍN. (Deteniendo a DON CARLOS.)

No te vas sin que primero
lo sepa todo... ¿Tan poca
confianza te merezco?...

Vuelve, Carlos, vuelve en tí...
LUISA. Hasta de mí misma tengo
vergüenza...
JOAQUÍN. Mas ¿qué ha pasado?
CARLOS. Lo sabrás.
JOAQUÍN. Dímelo...
CARLOS. Luego...
JOAQUÍN. Ahora mismo...
CARLOS. (Desasiéndose de sus brazos.)
Cuando esté
vengado ya y satisfecho.

ESCENA VII

DOÑA LUISA, DON JOAQUÍN.
JOAQUÍN. ¡Luisa!...
LUISA. ¡Dejadme, por Dios!
JOAQUÍN. No quiero ser indiscreto;
pero aún más que las palabras
me dice vuestro silencio.
LUISA. Está bien..., cuanto queráis;
si compasión os merezco,
dejadme, por Dios, dejadme
a solas con mi tormento.
JOAQUÍN. Mas ¿a qué viene ese llanto?...
Si os oyen desde allá dentro
y se entera vuestra madre...
LUISA. ¡Mi madre!...
JOAQUÍN. Templad al menos
esa agitación; calmaos...
LUISA. ¿A quién en el mundo vuelvo
la cara? ¿A quién, infeliz?...
JOAQUÍN. A un amigo verdadero,
que hará cuanto usted le diga...
(DOÑA LUISA se vuelve y le estrecha las manos.)
Hago sólo lo que debo
y no más. Ha muchos años
conozco a Carlos; le quiero
como merece, y si él
me fiara su secreto,
nunca llegara este caso...
Pero, al fin, aún hay remedio
y es necesario intentarlo...
LUISA. (Sobresaltada.)
¿Qué vais a hacer?
JOAQUÍN. Lo primero
es el hablar con mi tío...
LUISA. ¡No, por Dios! Ved cómo tiemblo

tan sólo de imaginarlo...

JOAQUÍN. Por algún medio indirecto...

LUISA. No, jamás.

JOAQUÍN. Tiene buen fondo,
es honrado y caballero...

LUISA. Ya lo sé...; por eso mismo
es mayor mi sentimiento.

JOAQUÍN. No querrá hacer infelices
a dos seres que nacieron
uno para el otro...

LUISA. ¡Ay!

JOAQUÍN. Y en cuanto sepa el afecto
que os tenéis...

LUISA. Nunca, jamás;
morir mil veces prefiero.

JOAQUÍN. ¿Y decís que amáis a Carlos?

LUISA. ¡Ojalá le amara menos!

JOAQUÍN. Pues entonces, ¿qué queréis
hacer?

LUISA. Ni sé lo que quiero,
sólo os pido por favor
que calléis este secreto
a todos..., y a vuestro tío...

JOAQUÍN. Pero entonces...

LUISA. Yo os lo ruego...

JOAQUÍN. Bien, lo haré...; pero pensad
que vuestra dicha va en ello...

LUISA. Lo sé...

JOAQUÍN. Que si calláis hoy,
mañana ya no hay remedio.

LUISA. Lo sé...

JOAQUÍN. Y por toda la vida...

LUISA. Ahogaré mis sentimientos
como una mujer honrada.

JOAQUÍN. No lo dudo; mas pensemos
si se encuentra algún arbitrio
antes que llegue ese extremo...
Carlos...

LUIS. (Con suma inquietud.)
¿A dónde habrá ido?

Iba de cólera ciego,
fuera de sí, y es capaz...
Id pronto en su seguimiento,
buscadle y decidle...

JOAQUÍN. ¿Qué?

LUISA. ¡Que hartas desdichas padezco
sin que me dé más pesares!

JOAQUÍN. Pero ¿le doy a lo menos alguna esperanza?...

LUISA. Id,
no tardéis; irá ya lejos...

JOAQUÍN. ¿Y qué le digo?

LUISA. Decidle...
¡Que hasta mi vida aborrezco!

(DON JOAQUÍN se va por la puerta del foro y DOÑA LUISA se echa abatida en una silla.)

ESCENA VIII

DOÑA LUISA.

LUISA. Pobre Luisa, ¿qué será de ti?... Mientras más lo pienso, más dolor siento en mi alma... Amo a Carlos, y le pierdo; amo a mi madre, y la engaño; me quiere un hombre, le aprecio, y también voy a mentirle... Voy a decirle que es dueño de un corazón... que no es mío y que está por otro ardiendo.

ESCENA IX

DOÑA LUISA, LA CONDESA.

Esta última abre con sigilo la puerta de cris tales y corre después atolondrada

CONDESA. ¿Estás sola?

LUISA. (Levantándose sobresaltada.)
¿Quién?...

CONDESA. Soy yo...

¡Mira, Luisa, qué adefesio!...
(Enseña un tocado que trae en la mano.)

Yo misma me he horrorizado al ponérmelo al espejo... (Lo tira.)

LUISA. ¿Qué haces, mujer?

CONDESA. Pues ¿qué quieres?

¿Que vaya a espantar al duelo?...
Hurté el bulto a mí cuñada, que está más negra que un cuervo, sin que pegue el albayalde en aquel áspero cuero...

Y me he entrado por la puerta falsa por verte un momento...

¿No me lo agradeces, Luisa?... (Acercándose a ella.)

Pero ¿qué tienes?

LUISA. No tengo

nada...

CONDESA. No es verdad...; si estás
toda temblando..., y advierto
que hasta te falta la voz...

LUISA. No es nada...

CONDESA. Dímelo presto...
así, en mis brazos, así...
Bien puedes abrir tu pecho
conmigo... ¿Qué tienes?... Habla...

LUISA. ¿A qué?

CONDESA. Sentirás consuelo
comunicando tu pena;
que aunque soy loca, no tengo
mal corazón; tú lo sabes...

LUISA. Tu hermano...

CONDESA. Sigue... Ya entiendo.
¿Ha venido?...

LUISA. Sí..., ha venido...

Me ha llenado de improperios,
me ha insultado... ¡Sabe Dios,
Leonor, que no lo merezco!...

CONDESA. No te aflijas, hija mía...

LUISA. El va a hacer un desacierto,
según salió...

CONDESA. No lo temas...

LUISA. Los ojos echando fuego,
más pálido que la muerte...
Y si halla a don Juan me temo
que suceda una desgracia...

CONDESA. No tengas ese recelo;
él no dará ningún paso
sin ir a verme primero...

LUISA. ¿Y si no va?... No le has visto
como yo... ¡Si daba miedo!

CONDESA. Sosiégate y no te apures;
ese primer movimiento
es natural; pero al fin
escuchará mis consejos...

LUISA. Pues ve, corre...

CONDESA. Bien; ya voy...

LUISA. Si no está allí, manda luego
a buscarle...

CONDESA. Así lo haré...

LUISA. Dile que vaya al momento,
que le esperas, que estás mala...

CONDESA. Bien.

LUISA. Y tenle allí sujeto,

a tu lado.

CONDESA. Bien está...

LUISA. Si se expone al menor riesgo...,
te lo digo con mi alma:

¡mira, Leonor, que me muero!...

CONDESA. ¿Y cómo te dejo así?...

Quieres que vaya, y te veo
en un estado...

LUISA. (Sollozando.)

No..., no...

CONDESA. Y si aquí permanecemos,
es fácil...

LUISA. Tienes razón...

CONDESA. Ve a tu cuarto con pretexto
de vestirme...

LUISA. ¡Buena estoy
para pensar ahora en eso!...

CONDESA. ¿Y qué has de hacer, si es preciso? (Dándole el brazo.)

Ven, hija mía; te dejo
allí y me vuelvo a mi casa...

LUISA. Vamos...; ni tenerme puedo...

CONDESA. ¡También voy yo con un gusto!...

Pero no tiene remedio;
cada cual a su papel:

tú, a tu boda; y yo, a mi duelo.

(Entran por la puerta de cristales.)

Acto tercero

Es de noche; la sala estará iluminada con arañas y cornucopias.

ESCENA I

DON JUAN. Entra con varias cartas en la mano.

JUAN. Parezco un primer ministro,
pero sin sueldo y sin bolsa...

¡Tres cartas en veinte pasos!

Y muy importantes todas. (Leyendo despacio una de ellas.)

«La que con viejo se casa,
derecha al cielo se va;
porque antes de ir por allá,

el Purgatorio aquí pasa:
El niño no la despierta
con su llanto o su gracejo;
y a no ser la tos del viejo,
durmiera como una muerta.
Aprende a hacer muchas cosas,
y todas a cual mejor:
a preparar lamedor,
dar friegas y echar ventosas.
Sin celos que la den pena,
descansa en su fiel esposo;
porque nada hay tan juicioso
como una gota serena.
Y si el cielo le depara
hijitos de bendición,
le dice algún socarrón:
¡Se os parecen en la cara!» (Rompiendo el papel.)
Pues no es mala desvergüenza:
¡a mí venirme con coplas!...
Algún tunante que quiso
divertirse hoy a mi costa... (Abriendo otra carta.)
Si estoto papel también...
Mas no son versos, es prosa...
Carlos... ¡Ah! Será el hermano
de la condesa... Esta es otra... (Leyendo.)
«Señor brigadier: No es tiempo de disimulo ni de miramientos: usted va a robarme mi
bien, y yo estoy resuelto a traspasarle antes el corazón...»
¿Está loco este muchacho?
«Bien sea que muera usted a mis manos, o bien que yo muera a las tuyas, Luisa no será su
esposa...»
Luisa no será su esposa...
¿Pues de quién?... Juicio, Juan, juicio,
que la sangre se alborota.
¡Y a tu edad! Hasta en la cara
temo que me lo conozcan...
«Nos amamos desde la niñez; no puede amar más que a mí, a mí solo en el mundo; y si
otra cosa dice, miente. Yo tengo sus palabras, sus promesas, y no las suelto sino con la
vida...»
¡Con la vida!... Juicio, juicio,
que nunca estará de sobra.
«Yo a usted no le culpo; sé que es un hombre de bien, un caballero; y por eso le pido la
satisfacción que en tales casos se acostumbra. Sólo culpo a su madre, que así abusa de su
autoridad; la culpo a ella, que va a faltar indignamente a su fe y a sus juramentos; culpo a
mi mala suerte, que me ha hecho tan infeliz... Espero esta misma noche la respuesta o yo iré
por ella; la hora, el sitio, las armas; antes que sufrir este tormento prefiero mil veces la
muerte. Carlos de Guevara.»
(Después de una pausa, paseándose con agitación.)

¿Estoy despierto o soñando?...
¿Es cierto lo que en mis propias
manos tengo, lo que veo?...
Esta carta..., escrita toda
con tal desorden...; las señas...,
la amistad entre una y otra...,
vecinos y de una edad...,
tratándose a todas horas...,
él muy triste al despedirse...,
ella siempre cavilosa..., que
la madre..., mil circunstancias
que ahora traigo a la memoria...
Pero ¿y si no fuese cierto?
¿Si alguna mano alevosa
ha fingido...? ¿Y con qué fin?...
¡Quién sabe! Suceden cosas
en el mundo!... Pero no;
sea lo que fuere, importa
averiguarlo ahora mismo,
pues que va en ello mi honra.

ESCENA II

DON JUAN, EL DEMANDADERO.

Al dirigirse DON JUAN hacia una de las puertas laterales sale el otro por la del foro, con un canastillo y dos palomas adornadas con cinta y talco.

DEMANDADERO. La madre Natividad
os envía estas palomas
como símbolo inocente
de tan suspiradas bodas...

JUAN. Gracias...

DEMANDADERO. Y las dos son blancas,
pluma rizada y moñonas...

JUAN. Gracias...

DEMANDADERO. Y nunca han criado;
que la santa religiosa no
consiente que en su celda...

JUAN. (Con impaciencia, dándole una moneda.)

¡Gracias!...

DEMANDADERO. (Poniéndolas en una mesa.)

Aquí, que no estorban.

JUAN. En cualquier parte...

DEMANDADERO. (Al irse.)

¡Qué genio!

Lástima tengo a la novia...

(Al irse, tropieza con los músicos y echa a rodar un violín.)

¡Haya brutos!...

MÚSICO 1.º

¿Y no ve?...

ESCENA III

DON JUAN, MÚSICOS.

MÚSICO 1.º Ya que se nos proporciona
el felicitar a usía,
y en obsequio de la esposa...
(Empiezan a tocar una música alegre y ruidosa.)

JUAN. Adentro...

MÚSICO 1.º Es obligación...,
Sólo falta la viola,
porque está el pobre de parto...

JUAN. Adentro...

MÚSICO 1.º Si se incomoda
usía...

JUAN. No me incomodo...

MÚSICO 1.º (A los otros.)

Pues da capo...

JUAN. ¡Dale, bola!

¿No he dicho ya que se vayan?...

MÚSICO 1.º (Al irse.)

No entiende un punto de solfa.

(Se van por una puerta lateral y al mismo tiempo salen los criados.)

ESCENA IV

DON JUAN, LACAYOS.

LACAYO 1.º Señuritu, aquí venimus...

JUAN. (Dándoles unas monedas.)

Bien; os lo agradezco; toma...

LACAYO 2.º Yo soy primeru...

TODOS. ¡Yo!... ¡Yo!

JUAN. Sólo falta esta camorra...

¡Id a reñir a la cuadra!...

LACAYO 1.º Yo no lo sueltu..., y me ahoga...

JUAN. Pronto... ¿No os vais?

LACAYO 2.º Ya nos vamos...

LACAYO 1.º Dios le dé a usía la gloria. (Al entrar.)

Me has deshechu las narices;
pero he ganadu... y no importa.

ESCENA V

DON JUAN y DOÑA JUANA.

Sale DOÑA JUANA muy compuesta.

JUANA. ¿Qué infierno es éste?...

JUAN. Que el diablo

anda suelto. ¿Y la señora?

JUANA. En la otra sala...; la niña
es la que está tan hermosa...

JUAN. Pues dígale usted que salga...
JUANA. ¿A la niña?
JUAN. No; a la otra...
JUANA. No es pasión, señor don Juan;
pero parece una rosa...
JUAN. Bien está...
JUANA. Tan inocente...
¡Se lleva usted una joya!...
JUAN. Bien...
JUANA. Como una manzanita
está de sana y sabrosa...
JUAN. ¿Quiere usted ir con mil santos?...
JUANA. Ya voy...; mas quisiera ahora...
JUAN. ¿Qué?
JUANA. Echarle a usted una arenga
que he aprendido de memoria.
JUAN. Después...
JUANA. ¿Y si se me olvida?
JUAN. No tal.
JUANA. Señor, si es muy corta...
JUAN. He dicho ya que después...
JUANA. Durará un cuarto de hora...
JUAN. ¡No hay paciencia para tanto!
JUANA. Y si voy..., ¿por qué se enoja? (Aparte, al entrar.)
Ya soltó la piel de novio,
y uñas de marido asoma.

ESCENA VI

DON JUAN.

JUAN. Juan, ¿quién te ha metido a ti
en toda esta batahola?...
Una muchacha sin seso,
una madre tontiloca,
este estafermo de vieja...
¡Y por remate y corona,
un amante de novela
que te disputa la novia!...

ESCENA VII

DON JUAN, LA MARQUESA.

MARQUESA. Yo esperaba a usted adentro...

JUAN. Quisiera hablaros a solas...

MARQUESA. Después tendremos lugar...

JUAN. Es que no sufre demora.

MARQUESA. (Suena la música.)

¿Pues no oye usted?

JUAN. Sí; ya oigo...

MARQUESA. La sala está muy vistosa...
JUAN. Lo creo...
MARQUESA. Lindas muchachas
puestas a la última moda...
JUAN. Ya...
MARQUESA. Bailan nueve parejas...
JUAN. Sí; pero ante todas cosas...
MARQUESA. ¿Y no ha de bailar usted?
JUAN. ¡Estoy para cabriolas!
MARQUESA. ¿Se siente usted malo?
JUAN. Un poco...
MARQUESA. Pues no es aprensión: Se os nota
algo amarillo el semblante...
Tendréis bilis...
JUAN. Y de sobra.
MARQUESA. Un poco de ipecacuana...,
basta un par de tomas...
JUAN. (Entre dientes.)
De rejalg...
MARQUESA. ¿Palma Christi?
Irrita y no desahoga...
JUAN. ¡Si no me da un tabardillo!...
MARQUESA. Pues refresco de chicorias...
JUAN. ¡Qué chicorias ni qué diablos!...
¿Quiere usted venir, señora,
y que hablemos un instante?
MARQUESA. ¿Y quién aquí nos lo estorba?
JUAN. Tiene que ser en secreto;
y es fácil que aquí nos oigan...
MARQUESA. ¡En secreto! ¿Es cosa mala?...
Ya tiemblo como una hoja...
JUAN. Pues no tiemble usted, y vamos...
MARQUESA. Es que siento una congoja...
JUAN. Vamos de prisa, que vienen...
MARQUESA. ¿Qué será, Virgen de Atocha?
Se me ha erizado el cabello
y se levanta la cofia.

ESCENA VIII

DOÑA TERESA, DON JOAQUÍN.

Ella delante y él detrás, saldrán por el lado donde suena el baile.

TERESA. Déjeme usted; si no quiero...

JOAQUÍN. Van a notar lo en la sala...

TERESA. Si he dicho que no, que no...

¡Haya tema más pesada!

JOAQUÍN. ¿Y qué dirán?

TERESA. Lo que quieran.

¿No puedo ponerme mala?
JOAQUÍN. Pero ¿no bailar?...
TERESA. ¿Y acaso
he hecho yo alguna contrata?
JOAQUÍN. Esa es una niñería;
y estando ya apalabrada...
TERESA. ¡Miren quién da los consejos!
¿Y usted?...
JOAQUÍN. Si sabéis la causa...
TERESA. Disculpas...
JOAQUÍN. No tal...
TERESA. Excusas...
JOAQUÍN. Si tengo la pierna hinchada
con esta maldita bota...
TERESA. Mentira...
JOAQUÍN. Si no se aparta
el zapatero, le mato...
TERESA. Todo ficción y maraña...
JOAQUÍN. El talón en carne viva...
TERESA. ¡Así tuvierais el alma!
JOAQUÍN. Pero ¿a qué viene esa furia?
TERESA. ¿A qué?... Pregunta excusada.
JOAQUÍN. Pero hable usted...
TERESA. Su maldad
le estoy leyendo en la cara...
JOAQUÍN. ¿Y qué veis?
TERESA. Más que quisiera...
JOAQUÍN. Si tenéis queja, aclaradla.
TERESA. ¿Quiere usted que le regalen
el oído?
JOAQUÍN. ¡Qué bobada!
TERESA. ¿Le han prohibido a usted bailar?
JOAQUÍN. ¿Quién?
TERESA. Por sabido se calla...
JOAQUÍN. Si no os explicáis, no caigo.
TERESA. ¡Si fuera de una muralla!
JOAQUÍN. Os juro que ni sospecho...
TERESA. ¿La habéis visto esta mañana?
JOAQUÍN. ¿A quién?
TERESA. ¿Estaba muy linda?
Con la boca remilgada,
echándola de chistosa
y sin maldita la gracia.
JOAQUÍN. Si no sé de quién habláis...
TERESA. Le sienta bien lo enlutada;
ayer la vi y me espantó;
se me figuró una graja...

ESCENA IX

Los mismos. LA CONDESA.

Sale ésta por la puerta de cristales.

CONDESA. (A DOÑA TERESA.)

¡Insolente!

TERESA. ¡Ay Dios!

CONDESA. (A DON JOAQUÍN.)

¡Infame!

JOAQUÍN. Se vino a cuestras la casa.

CONDESA. ¿Quiere usted negarlo ahora?...

Y usted, niña mal criada...

TERESA. Vuelva usted por mí...

CONDESA. ¿Quién? ¿Él?...

Tenéis la lengua muy larga...

TERESA. ¡Ay, que me da..., que me da!...

Por Dios, un vaso de agua... (Cae desmayada.)

CONDESA. ¡Ya le dio la pataleta!...

Qué pronto yo la curara...

JOAQUÍN. Repórtese usted, por Dios...

CONDESA. Vaya usted en hora mala...

JOAQUÍN. Pero óigame usted...

CONDESA. Jamás.

JOAQUÍN. Las apariencias engañan...

CONDESA. Más engaña un hombre vil.

JOAQUÍN. No grite usted...

CONDESA. ¿Quién lo manda?

JOAQUÍN. Yo os lo suplico...

CONDESA. No quiero.

JOAQUÍN. Si lo oyen desde la sala...

CONDESA. ¡Villano, indigno, traidor!...

Quiero que sepan su infamia.

ESCENA X

LA CONDESA, DON JOAQUÍN, DOÑA TERESA, LACAYO 1.º

LACAYO 1.º ¿Quién llama?... ¡Jesús mil veces!

¡Una muerta!...

JOAQUÍN. ¡Bruto, calla!

LACAYO 1.º ¿Y si lo ve el escribanu?

CONDESA. Vete adentro; si no es nada...

LACAYO 1.º (Gritando.)

¡Se ha muertu una señorita!...

¡Y la condesa se escapa!

(El lacayo detiene por la falda a la condesa en el acto de querer volverse al paraje de donde salió.)

JOAQUÍN. ¡Maldita sea tu lengua!...

Este escondite me valga...

(Va a esconderse debajo de la mesa, en que están las palomas, y al verificarlo atropelladamente las derriba y se cae el tapete, quedando él descubierto y como en ademán de buscar una cosa.)

ESCENA XI

DON JOAQUÍN, DOÑA TERESA, LA CONDESA, LA MARQUESA, DON JUAN, DOÑA LUISA.

La MARQUESA y DON JUAN salen por una puerta lateral, y DOÑA LUISA por la otra de enfrente con dos o tres amigas.

MARQUESA. ¿Qué ha sucedido?

LUISA. ¿Qué es esto?

JUAN. ¿También andas tú en la danza?

JOAQUÍN. Estoy buscando un pomito...

MARQUESA. Pero ¿qué ha pasado?

JOAQUÍN. Nada...

LUISA. Tú, Leonor...

CONDESA. Ese animal,
que ha alborotado la casa...

LUISA. Teresa así...

(Ya estarán a su amado y abanicándola las que han salido últimamente.)

JOAQUÍN. Fue un vahído
del calor y la algazara...

Yo acudí...

CONDESA. ¡Como el señor
tiene tan buenas entrañas!...

MARQUESA. Ya va volviendo...

TERESA. ¡Ay de mí!

MARQUESA. Asomadla a una ventana...

(La llevan sosteniéndola las señoritas que antes habían salido.)

CONDESA. (A DON JOAQUÍN.)

¿No ayuda usted?...

MARQUESA (Al lacayo.)

LACAYO 1.º ¿Qué traes tú?

Traigu una pluma quemada
para que huela...

MARQUESA. Anda, bruto...

LACAYO 1.º (Al irse.)

¡Qué bien hablada es el ama!

ESCENA XII

DOÑA LUISA, LA MARQUESA, LA CONDESA, DON JUAN, DON JOAQUÍN.

JUAN. Pero sepamos al cabo
qué ha sucedido...

JOAQUÍN. En sustancia

lo diré (muy de prisa.): que Teresita
se sintió en el baile mala,
que la vi descolorida,

con un señor ya de edad...

CONDESA. Cierto...

MARQUESA. (Queriendo levantarse.)

Es que aquél le llevaba...

JUAN. ¿Quiere usted callar?

MARQUESA. Ya callo.

JUAN. En aquella temporada,

¿fueron ustedes felices?

¿No responde usted?... Me basta.

Murió hace un año...

CONDESA. Así es.

MARQUESA. Hoy mismo se celebraban...

JUAN. Lo sé, y por esa razón,

al ver aquí lo que pasa,

digo para mi capote:

Juan, cuando vieres pelada

la barba de tu vecino...

MARQUESA. ¿Qué dice usted?

JUAN. Chito y calma.

MARQUESA. Pero ¿qué va usted a hacer?...

JUAN. Una cosa lisa y llana:

impedir que tres seamos

infelices por mi causa.

MARQUESA. Explíquese usted...

JUAN. Ya voy.

MARQUESA. Mire usted que estoy en ascuas...

JUAN. Luisita, usted no me quiere...

MARQUESA. ¿Quién os mete esas patrañas?...

Habla tú...

LUISA. (Acercándose a la CONDESA.)

¡Leonor!...

CONDESA. No temas.

JUAN. Déjela usted...

MARQUESA. Pero habla...

JUAN. No la hostiguéis a que mienta:

está de otro enamorada;

él la quiere y yo lo sé.

¿Queréis que infeliz me haga

por mi gusto, y que la vea

siempre triste y desgraciada?...

¡Dios me libre!... Mejor quiero

un asistente con barbas.

(Saca el contrato del bolsillo, le prende fuego en una bujía y lo arroja ardiendo.)

MARQUESA. ¿Qué hacéis?

JUAN. Un auto de fe...

Y enciende las luminarias. (A DOÑA LUISA, acercándose a ella.)

Esta es ya mano de amigo

y no de esposo: tomadla.

ESCENA XIII

Dichos. DON CARLOS.

Este entra precipitadamente por la puerta del foro.

CARLOS. ¡Eso no, mientras yo viva!

JUAN. Pues esto no más faltaba...

CONDESA. ¡Carlos!...

LUISA. ¡Ay de mí!...

MARQUESA. ¿Qué es esto?

¿Quién atropella mi casa?...

CARLOS. Señora..., yo adoro a Luisa...

Ella me ha dado palabra...,
y vengo a que me la cumpla.

MARQUESA. ¿Qué es esto que por mí pasa?

CARLOS. Luisa o la muerte.

MARQUESA. Habla tú...

LUISA. (Yendo a arrodillarse a sus pies.)

¡Perdón, madre de mi alma!

MARQUESA. ¡Quita, pícara, o si no!...

CARLOS. (En ademán de querer sacarla de allí.)

Ven, Luisa...

JOAQUÍN. (Conteniéndole.)

¡Carlos!

CONDESA. (Conteniéndole.)

Aparta...

MARQUESA. ¿No mando yo ya en mi hija?... (A DON JUAN.)

¿Y usted tolera esta infamia?..

JUAN. Por Dios, juicio...

MARQUESA. ¡Bribonzuela!...

JUAN. Si en esta ocasión nos falta,

puede ser que hagamos una
que a todos nos cueste cara.

La verdad, Luisa: ¿queréis
a don Carlos?

CONDESA. Sí, le ama...

JUAN. Que lo diga con su boca...

LUISA. (Con rubor y timidez.)

Sí, señor...

JUAN. ¿Y por qué causa

no me lo dijisteis antes?...

Así todo se evitaba.

LUISA. ¡Me daba tanta vergüenza!...

Y luego se disgustaba
mi madre...

MARQUESA. Y tú, picarona...

JUAN. ¿Volvemos a las andadas? (A DON CARLOS.)

Usted aspira a su mano...
El ganarla con la espada
no fuera cosa tan fácil
como usted imaginaba,
seor bachiller; pero yo,
a sus fieros y amenazas
contesto, cual debe un hombre
que peina hace tiempo canas...

CARLOS. Yo... Si...

JUAN. No intento sacaros
los colores a la cara;
sólo sí daros ejemplo
de cómo toman venganza.
los que caballeros nacen.
Marquesa mía, una gracia
voy a pedirlos.

MARQUESA. ¿Cuál es?

JUAN. Vuestra licencia; y se casan.

MARQUESA. ¿Quién?

JUAN. ¿Quién ha de ser? Los dos:
un joven y una muchacha.

LUISA. (Queriendo echarse a sus pies.)

¡Señor don Juan!...

JUAN. (Impidiéndolo.)

¿Qué hace usted?...

LUISA. ¡Estoy tan avergonzada!...

JUAN. ¿De qué, hija mía?

LUISA. Ven, Carlos;
ven tú también...

JUAN. ¡Qué niñada!

Id, que la mamá os espera:

una lágrima, y se ablanda. (Los dos se acercan con timidez.)

LUISA. ¡Madre!...

CARLOS. ¡Señora!...

MARQUESA. Dejadme...

Me tenéis muy irritada...

JUAN. ¿Y ya qué remedio tiene?

Bendición y santas pascuas.

CONDESA. Si vale un empeño...

MARQUESA. ¡Y buen
empeño se atravesaba!...

CONDESA. Si es por intereses, Carlos
tiene una hacienda mediana,
y yo le doy un cortijo,
el mejor...

LUISA. ¡Leonor!...

CARLOS. ¡Hermana!...

¿Cómo podré yo pagarte?...

CONDESA. A mí nada me hace falta;

y a ti sí... No tengo hijos,
ni vocación de casada...

JOAQUÍN. (Haciéndole señas.)

Condesita...

CONDESA. Mande usted,
caballero...

JOAQUÍN. ¿Así se falta
a lo ofrecido?...

CONDESA. He hecho voto
de morir como una santa:

Santa Mónica bendita...

JOAQUÍN. ¿De veras?

CONDESA. No, sino en chanza:

¡Yo mi señora tinienta!...

Pues fuera una mentecata:

¿Joven y rica y viuda?...

Capitana Generala.

JUAN. Ya lo oyes, sobrino: tienes
que tocar a retirada...

CONDESA. Con los honores de guerra:
bandera, equipaje y armas.

ESCENA XIV

Dichos, DOÑA JUANA, que sale por la puerta del baile.

JUANA. Ya está corriente el refresco...

JUAN. ¡Pues no es mala la embajada!

JUANA. Don Juan y su esposa juntos,
al testero de la sala...

MARQUESA. Vete adentro, que ya vamos...

JUANA. Es que el escribano aguarda...

MARQUESA. Si vamos...

JUANA. Y los testigos...

JUAN. (Aparte.)

¡Haya vieja más pesada!...

Ya vamos.

JUANA. (Acercándose en secreto.)

Si usted quisiera

cumplirme aquella palabra...

JUAN. (Con impaciencia.)

¿Qué palabra?

JUANA. La arenguita...

Al momento despachaba.

JUAN. ¡Ya esto es por demás! Marquesa,
por cuantos santos se hallan
en la corte celestial...

MARQUESA. Aún no estoy determinada...
JUAN. Pues acabe usted.
CARLOS. ¡Señora!...
LUISA. ¡Madre mía!...
(Van a echarse h sus pies; ella los levanta y se abrazan.)
MARQUESA. ¡Dios os haga
unos santos!...
LUISA. ¡Carlos!...
CARLOS. ¡Luisa!...
JUANA. Yo estoy soñando o borracha... (A DON JUAN.)
Si quisierais explicarme...
JUAN. ¿Pues no lo veis?... Que se abrazan.
JUANA. Pero ¿delante de usted?...
JUAN. Ha llegado ahora de Francia
esa moda...
JUANA. ¡Ni el demonio
tales modas inventara!
LUISA. (Acercándose a él con muestras de gratitud.)
¡Cuánto os debemos, don Juan!
CARLOS. ¡Y yo tan loco!...
JUAN. ¿Quién habla
ya de eso?
CARLOS. Ni con la vida
acción tan noble pagara...
JUAN. ¿Y qué mérito hay en ella?
Yo, que he escapado de tantas,
con mis sesenta del pico,
iba a hacer una bobada...
Abrí con tiempo los ojos
y doy a Dios muchas gracias...
¿Y los que los abren tarde?...
Ellos sabrán lo que pasa.

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).